

Tamquam parvulis in Christo, lac vobis potum dedi, non escam.
"Así como una Madre no da otro alimento á sus hijos que la leche, por
"considerar todavía muy debil su estómago para digerir manjares más sólidos;
"así yo aquí os he descubierto los misterios más fáciles y más perceptibles."
I. Corinth. cap. III. v. I. et, 2.
Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat: sed si quis bonus, ad aedifi-
cationem fidei, ut det gratiam audientibus.
"Cuidad mucho de que no salga de vuestra boca ningún discurso ni palabra
"indecente, sino por el contrario, haced que todas vuestras "Conversaciones"
"se dirijan á edificar é inspirar piedad á quien os oyere. Ephes cap. IV. v. 29.

Es propiedad del editor en los términos que marca la ley.

CONVERSACIONES SOBRE DIFERENTES PUNTOS DE PIEDAD.



CONVERSACION XXVI

SOBRE LA VIRTUD

Leonor. Hace ya tanto tiempo que no tengo el gusto de verte, que estoy enfadada de veras.

Sofía. Nunca pudieras estarlo tú tanto como yo lo estaba; y aun llegué ya á temer que me habrías olvidado enteramente.

Victoria. No era posible olvidar á una persona como tú; y más bien se pudiera una olvidar de sí misma.

Sofía. Yo aprecio, como es debido, la bondad con que me favorecéis; y para corresponder en algún modo á ella, estoy pronta á satisfacer á todo cuanto quisiereis preguntarme.

Leonor. Pues, si gustas, hablemos hoy acerca de la *Virtud*; y dinos, ¿qué diferencia hallas entre ella y la *Devoción*? Pues, según parece, más caso haces de una que de otra.

Sofía. A eso os diré, que la una no es la otra; pero que, cuando son verdaderas, casi nunca se separan.

Victoria. Pues ¿por qué haces más caso de una que de otra?

Sofía. Porque es más fácil padecer engaño en la una, que en la otra.

Leonor. ¿En cual de ellas? Dí.

Sofía. En la devoción.

Victoria. Ya decía yo, que esta no era tan amiga tuya, como aquella: ¿y podré, sin incurrir en la nota de curiosa, preguntarte, por qué razón?

Sofía. Porque la devoción, en no siendo verdadera, no tiene más que exterioridades y apariencias: lo cual no es capaz de acarrear un contentamiento sólido.

Leonor. Pero eso, en caso de ser así, ¿no será por defecto de la devoción, sino de los que la practican?

Sofía. Es verdad; pero esto no quita que se tenga disgusto, cuando se vé que frecuentemente se toma la sombra por la realidad, y en vez de la verdad, lo que es mera apariencia.

Victoria. ¿Y nada de esto hay que temer en la virtud?

Sofía. Con tu licencia, no es eso lo que yo quiero decir; pues también hay falsa virtud, así como hay devoción falsa; pero es más dificultoso engañarse en esta parte.

Leonor. ¿Me dirás porqué?

Sofía. Porque la virtud no consiste en exterioridades, sino en acciones realmente virtuosas, y estimadas de todo el mundo por tales.

Victoria. Con que en materia de virtud ¿no hay que contentarse ni estar pagadas de exterioridades y apariencias, como sucede en la devoción?

Sofía. No; se desea, además de eso, algo de real y de sólido; y alguna cosa que merezca la aprobación y estima de todos.

Leonor. Comprendo ya, que es difícil engañarse en este punto. Danos ahora á conocer la virtud si gustas.

Sofía. Pues digo, que en el interior es donde se la debe considerar primeramente; porque allí es donde empieza á arreglar todas las cosas, para pasar luego al exterior.

Victoria. Y ¿qué es lo que regla en el interior?

Sofía. Todo.

Leonor. ¡Ay! ¿Qué es eso de *todo*?

Sofía. Los pensamientos, los deseos, las inclinaciones, los movimientos del alma, del corazón, del espíritu, y aun la imaginación.

Victoria. Según eso, las pasiones el, genio, los gustos interiores, y las inclinaciones naturales ¿estarán igualmente sometidas á su imperio?

Sofía. Sí por cierto; nada se la escapa; y así, ella manda y sujeta á su arbitrio todo lo que necesita ser conducido por las reglas de la razón y de la Religión.

Leonor. ¡Qué gusto me da oírte! Y ¡qué de atractivos tiene ya para mí la virtud!

Sofía. Pues proseguiré pintándotela. Del interior pasa al exterior; en el cual hace, que por la conducta y porte se eche de ver toda la belleza que ella tiene en el interior.

Victoria. Y qué es lo que hace ver en el exterior?

Sofía. En las palabras, un fondo grande de caridad y humildad; en las miradas, un fondo de circunspección y modestia; en las acciones, un fondo de justicia y equidad, de actividad y moderación.

Leonor. No comprendo bien estos dos términos, *actividad y moderación* ni sé tampoco, de qué manera puedan estar juntos en un mismo sugeto.

Sofía. Con todo, es cosa muy fácil: la actividad hace que él no sea lento ni perezoso; y la moderación hace, que no sea demasiadamente ligero ni precipitado. Y esto es lo que forma una conducta cabal y cumplida.

Victoria. ¿A eso, y nada más, se reduce todo lo que la virtud obra en quien la posee?

Sofía. Si se hubiera de decir todo, sería nunca acabar; porque no hay cosa buena ni amable que no sea efecto de la virtud.

Leonor. Pero ¿y qué otra cosa más?

Sofía. Te diré, que la virtud jamás se abandona enteramente ni al gozo, ni á la tristeza; porque tiene bien observado, que lo uno sucede muy presto á lo otro; y que el tiempo de lo uno es preparación para lo otro (1).

Victoria. ¿Se mantiene igual ó uniforme en la prosperidad y en el infortunio?

(1) Prov. 14. 13. Ipsae voluptates in tormenta vertuntur, dice Séneca.

Sofía. Por dondequiera se la encuentra sensible á todo; pero siempre fuerte y constante, sin abandonarse á movimiento alguno, que sea irregular; perseverando fijamente asida á la voluntad de Dios.

Leonor. Manifiéstanos, cómo se há y como se porta en medio de las tentaciones.

Sofía. Unas veces huye; otras veces combate; pero siempre busca en Dios la fortaleza que necesita para vencer.

Victoria. Y si aconteciere, que llegue á ser vencida, ¿qué semblante pone entonces?

Sofía. El aspecto que muestra, es siempre vigoroso y constante. Se aflige y se humilla; pero sin descuidarse en hacer por levantarse prontamente; de forma, que tan presto como se la ve caída, se la ve levantada otra vez. En una palabra; su dolor es un dolor sobrenatural y divino, que, al paso que la penetra hasta el alma, la muda, la convierte, y la realza por medio de una firme confianza en Dios.

Leonor. ¡Oh, qué tesoro tan amable el de la virtud! ¡Ojalá le poseyésemos nosotras, y pudiésemos conservarle por todos los días de nuestra vida!

Sofía. Pues solo en vosotras consiste esto; con tal que en todas las cosas séais muy fieles para cooperar con la Gracia, y querrais trabajar sobre esto, sin intermisión, y aprovechando los instantes.

Victoria. Una vez poseída ya la virtud ¿no se podrá vivir con todo descuido?

Sofía. Nada menos que eso; porque todo conspira á robárnosla, ó por lo menos, á que se disminuya en nos-

otras: así que la virtud es fruto de un trabajo que ha de durar tanto como la misma vida.

Leonor. Pero á lo menos, este trabajo se minorará y suavizará con el tiempo.

Sofía. Verdad es; con tal que no se interrumpa jamás; pues en cesando, aunque no sea más que por un momento, de remar contra la impetuosa corriente de las pasiones, cualquiera se verá muy luego arrebatado de ella.

Victoria. Esto es hecho: yo estoy resuelta ya á trabajar incesantemente para adquirir un tesoro, que ha de ir conmigo á la eternidad.

Sofía. ¡Cuán recocijada me siento, al ver tu modo de pensar! Pero lo que contribuirá mucho para que llegues á ser virtuosa es, que procures siempre acompañarte con personas que lo sean.

Leonor. Pues ¿qué ventajas son las que en esto se encuentran?

Sofía. Que la sola presencia de estas, aun cuando nada hablen ni hagan, mueve y anima á la virtud.

Victoria. Perfectamente satisfechas nos retiramos de esta conversación; y llenas de un justo reconocimiento á la bondad con que te has servido de comunicarnos tus luces.



CONVERSACION XXVII

SOBRE LOS DEFECTOS DE QUE ES NECESARIO DESCONFÍAR
MÁS EN EL EJERCICIO DE LA VIRTUD.

Francisca. He aquí, que has venido muy á tiempo, para explicarnos ciertas dificultades que nos causan bastante embarazo.

Teresa. Favor, y no pequeño, me haríais vosotras, siuviéseis á bien, que yo me aprovechase de vuestros conocimientos.

Helena. Los tullos son los que aguardamos con impaciencia, y sobre que contamos de positivo.

Teresa Creedme, dejémonos de cumplimientos, y hablemos con toda sencillez y alternativamente.

Francisca. Dínos, si gustas, ¿cuáles son los defectos de que es necesario desconfiar más en el ejercicio de la virtud?

Teresa. A mi parecer, son estos: la curiosidad, el hablar demasiado; las inclinaciones particulares, y la envidia.

Elena. Esas son muchas cosas á un tiempo.

Teresa. Es verdad; pero si ponéis cuidado, apenas hallaréis una virtud, que esté enteramente exenta de estos defectos.

Francisca. Yo compadez comucho á la virtud, si á tantos defectos está sujeta.

Teresa. Tienes sobrada razón; pero ese es el triste estado de esta vida.

Elena. ¡Dichoso el que de ellos se preserva!

Teresa. Sobre eso es menester trabajar continuamente.

Francisca. Pero estos cuatro defectos no siempre se encontrarán juntos en una misma persona.

Teresa. Verdad es; pero has de saber también, que con uno solo que hubiere, basta para echarlo todo á perder.

Elena. ¿Tan malo, como todo eso, es tirar á satisfacer su curiosidad?

Teresa. Confieso, que no toda curiosidad es igualmente vituperable.

Francisca. Pues ¿qué curiosidad es la que tú condenas absolutamente en el ejercicio de la virtud?

Teresa. Aquella que solo sirve para apacentar vanamente el entendimiento, y para entretener inútilmente el corazón.

Elena. De esa manera, yo no me conozco muy delincuente en este punto.

Teresa. Sea así enhorabuena: pero ¿cuántas veces te sucede cada día, asomarte á la puerta, ó por algún balcón ó ventana; echar miradas sin necesidad, ya cuando vas por la calle, ó ya estando en la Iglesia; dar indiscretamente oídos á cosas en que no te va ni te viene; hacer á cada paso cien preguntas, que suelen

ser tan molestas para los demás, como perjudiciales para tí?

Francisca. Jamás he dado yo en que nada de esto pudiera servirme de perjuicio.

Teresa. Pues eso mismo indica, que casi no te conoces á tí propia. Porque, ¿de qué provienen esas distracciones perpetuas en el rezo, esas faltas de aplicación del espíritu en la oración, esas sequedades y arideces en la comunión; esa tibieza, ese caimiento insupportable en todos los ejercicios de piedad cristiana?

Elena. Yo veo, que no se puede menos de ceder á la fuerza de esta puntual enumeración que acabas de hacer. Pero ¿te parece á tí, que el demasiado hablar es tan nocivo como la curiosidad?

Teresa. Has de estar en la inteligencia de que la curiosidad es el menor de los defectos que he especificado.

Francisca. Pues ¿en qué puede perjudicar el hablar mucho?

Teresa. ¿Te parece poco la pérdida del tiempo, la de la salud, y la de la Gracia?

Elena. Yo bien entiendo, cómo se puede perder el tiempo y aun la salud; pero que también se pierda la Gracia eso no lo alcanzo.

Teresa. ¿Por ventura se puede estar hablando largo tiempo; sin cometer muchos pecados?

Francisca. Yo, por mi parte, así lo pensaba.

Teresa. Eso es dar á entender, que tienes tú más

conocimiento que el Sabio (1); el cual asegura que los discursos dilatados no estarán exentos de culpa.

Elena. Pero ¿qué pecados pueden cometerse por hablar mucho?

Teresa. Unas veces se falta á la caridad; otras á la humildad; otras á la verdad; y siempre al espíritu de mortificación.

Francisca. ¿Encuentras estos mismos inconvenientes en las aficiones ó inclinaciones particulares?

Teresa. No son menos, por cierto, los que encuentro.

Elena. Más no toda afición es viciosa.

Teresa. Es verdad, pero ¿donde estan las que no llegan á hacerse tales, andando el tiempo?

Francisca. ¿Acaso el tiempo tiene que ver algo en eso?

Teresa. Sí, sin duda; porque aquello que al principio era inocente, suele á veces degenerar con el tiempo, y ya deja de ser inocente.

Elena. ¿Qué señales hay para conocer este linaje de aficiones?

Teresa. Más fácilmente pueden sentirse, que explicarse.

Francisca. Con que ¿no hay más arbitrio, que examinarse cada una á sí misma, para conocerlas?

Teresa. Mucho mejor y más acertado será prevenir este mal, que haber de buscar remedio para curarle.

Elena. Pero al fin, una vez conocido el daño, suplica más pronto el remedio.

(1) Prov. 10. 19

Teresa. No siempre sucede así; porque si este mal en su principio es á manera de una centella ó una chispa, fácil de apagarse; cuando llega á hacerse progresos, es como un incendio, que no se puede atajar.

Francisca. ¿Y dices otro tanto, por lo tocante á la envidia?

Teresa. Este defecto sobrepaja á todos los referidos, y acarréa mucho peores consecuencias.

Elena. Pues ¿qué? ¿No es justo querer cada una ser tratada como las demás, por aquellos que son igualmente deudores á todos?

Teresa. Esa es puntualmente la capa con que se cubre este vicio: pero ¿quién no advierte el engaño?

Francisca. Yo por mí, confieso, que no le descubro.

Teresa. Eso es muy propio de este vicio; tapar los ojos de aquellos que han llegado á ser aficionados de él.

Elena. ¡Qué! ¿No digo yo bien en eso, de que es razón que haya igualdad para todos?

Teresa. El que piensa con verdadera humildad, tiene creído que nada se le debe á él; recibe con todo agradecimiento aquella porción que se le dá; y mira el bien que se le hace, no como deuda, sino como pura gracia: así que, siempre está contento, de cualquier manera que se le trate.

Francisca. Pero ¿tampoco será permitido andar reparando en si se hace más con los otros que con él?

Teresa. Cabalmente es ese el escollo de los soberbios.

Elena. Y ¿por qué esta emulación no se ha de atribuir más bien á un deseo de adelantar en la virtud?

Teresa. En lugar de *emulación*, dí *envidia*; y te explicarás con más propiedad.

Francisca. Pues ¿en que conoces tú, que esto es envidia, y no emulación?

Teresa. En las quejas, murmuraciones, descontentos secreros, y amilanamientos que de ahí se originan siempre: lo cual nunca se encuentra en la que es verdadera emulación.

Elena. ¿Con que en eso quieres darnos á entender, que un alma envidiosa se vé cogida y hecha presa de todas estas consecuencias de la envidia?

Teresa. No hay necesidad de decirlo; harto lo experimentan todos los que adolecen de este achaque.

Francisca. Muchos escollos son esos para la virtud.

Teresa. Tienes razón; por eso mismo, no en valde se nos recomienda tanto la vigilancia en el Evangelio (1)

Elena. Dándote las debidas gracias por este nuevo hallazgo, nos vamos á trabajar con todo empeño, para aprovecharnos de él.



(1) Matth. 24. 42.; Marc. 13. 33.; Luc. 21. 36 : Et aliib.

CONVERSACION XXVIII

SOBRE LOS OBSTÁCULOS PARA EL ADELANTAMIENTO EN LA VIRTUD.

Delfina. Siendo muy grande el deseo que tenemos de hacer progresos en la virtud; me parece que atrásemos, más que adelantamos.

Eufemia. No obstante eso, ya sabéis, y se os repite frecuentemente, que *en el camino de la virtud el no adelantar es retroceder*.

Fructuosa. Ya se vé que lo sabemos; y eso mismo es lo que nos da pena.

Eufemia. Pero pregunto yo: ¿habéis indagado con toda seriedad, cuál pueda ser la causa de esto?

Delfina. Hasta ahora nos hemos contentado solamente, con lamentarnos de ello.

Eufemia. Eso no basta, no; es necesario llegar hasta la raíz del mal, para aplicar el conveniente remedio.

Fructuosa. Nosotras lo atribuimos á nuestros pecados.

Eufemia. Pues no solamente los pecados son los que suelen atajarnos en el camino de la virtud.